

Los socialistas ante el malestar democrático y los populismos

(Intervención en el seminario de la Fundación Campalans, 04/16/15)

Nosotros estamos comprometidos en una lucha - que viene de antiguo y seguirá en el futuro - para conseguir una sociedad más justa, en la que las personas sean más libres.

Y sabemos - por qué lo hemos aprendido de la Historia - **que esta sociedad más justa sólo es posible en un marco democrático.**

Por eso no podemos desvincular la lucha contra las desigualdades sociales del trabajo por la calidad democrática de nuestro sistema y de sus instituciones.

Igualdad, libertad y democracia son tres partes de un mismo conjunto, y ninguna de ellas la podemos entender sin las otras dos.

Estas afirmaciones vienen a cuento por el análisis que ha realizado esta tarde en el seminario sobre el "malestar democrático" que vive Europa y la eclosión de soluciones de carácter populista.

No es fácil caracterizar el fenómeno de los populismos por qué cada una de sus manifestaciones adopta rasgos singulares. Pero creo que, efectivamente, podemos encontrar unas pautas de conducta comunes:

En primer lugar, el **populismo** (de derechas, de izquierdas o nacionalista) **no es una ideología, sino una estrategia para la hegemonía política**, para ganar el poder, simplificando los problemas sociales, económicos o culturales, que quedan reducidos a los ataques perversos de un adversario unidimensional que no tiene otro objetivo que defender sus privilegios: ... ya sea la banca, Bruselas, los extranjeros, el Estado, el régimen del 78, ... o la casta, (denominación que ya usó **Beppe Grillo** 2013), que oprime al gran actor principal, también unidimensional, es decir, el pueblo.

Pueblo contra anti-pueblo. Un enemigo común que permite fácilmente la identificación entre buenos y malos, entre élite y

pueblo. "Nosotros somos el pueblo, todos los demás sois iguales y sois el anti-pueblo".

Así de simple. Los de abajo, contra los de arriba. No necesitan más definición. El pueblo es el principio supremo de toda legitimidad, ante la ilegitimidad de las leyes o de las reglas de juego impuestas por el anti-pueblo. Es una definición casi religiosa, similar a la de los dictados divinos.

El populismo también se caracteriza por **la ausencia de propuestas programáticas concretas, o bien por repentidos cambios que convierten sus programas en compromisos volátiles** que cambian en función de las circunstancias. Esta indefinición la justifican afirmando que no son ni de derechas, ni de izquierdas. No es, en este sentido, un fenómeno nuevo: Primo de Rivera ya lo dijo. Y Perón, en Argentina.

En España lo hemos visto en el caso del programa de Podemos: los compromisos electorales asumidos en las recientes elecciones Europeas se pueden cambiar meses después como un calcetín, por el simple procedimiento de una nueva redacción sin ningún debate público en profundidad que justifique el cambio de orientación. Por ejemplo, en relación a la jubilación, a la renta universal, a la nacionalización de los sectores estratégicos a la quita de la deuda.

El liderazgo también caracteriza el fenómeno populista. Es **un líder redentor**. Lo era **Perón** o **Chávez**. Es el líder ungido por un aliento mesiánico. Es él quien debe conducir al pueblo a la liberación.

Y la emotividad. **Sus argumentos apuntan a las emociones**. Lo hacen con acierto, hay que reconocerlo. Emotividad ante racionalidad. No importa que los objetivos o los caminos propuestos sean una quimera. La pasión permite la movilización efectiva de los que necesitan estar convencidos de este futuro fácil y mejor.

Esta concepción, especialmente la que dibuja "el pueblo" como un actor unidimensional, dotado de una legitimidad "per se" incuestionable, conlleva **un peligro de deriva antidemocrática**.

En la medida en que se considera que no hay otro conflicto que ganar el combate contra "los de arriba" (que son todos los demás),

se está proponiendo una solución que no admite ni la transacción ni el debate propio del sistema democrático.

Si el pueblo tiene razón, ... porqué el marco legal - impuesto por los demás - debe ser respetado? ... Quién, y en nombre de qué legitimidad, puede oponerse a la voluntad del pueblo?

Es verdad que los socialistas hemos perdido la capacidad de emocionar, concentrados como hemos estado en una oferta racional que los ciudadanos han percibido como una renuncia ante los más poderosos.

La progresiva complejidad de nuestras sociedades, que pone de manifiesto la pluralidad de intereses legítimos que hay que armonizar, exige de las fuerzas democráticas un mayor esfuerzo de racionalidad en sus programas. Y el mundo global en los que nos movemos hace difícil la actuación autónoma de los gobiernos.

Pero nuestros conciudadanos no pueden entender cómo los gobiernos que ellos han elegido no tengan suficiente capacidad para imponerse a la lógica de los mercados.

La democracia es un sistema imperfecto. Y la nuestra - no lo podemos negar - sufre hoy día problemas serios que hay que resolver.

Y que se pueden resolver. Con políticas distintas, por supuesto!

Pero la imperfección de la democracia es casi la condición sustancial de su existencia. La democracia es imperfecta. Y funciona mejor cuanto mayores y más diversos sean los intereses legítimos que aspiran a encontrar una solución. **Esta disparidad de intereses y el establecimiento de unas reglas de juego para gestionar las contradicciones, son la clave del sistema.**

El populismo se abre camino en Europa, pues, por las disfunciones del propio sistema. Por la incapacidad política de los gobiernos europeos de poner en marcha soluciones socialmente equitativas para hacer frente a una crisis económica gravísima, que ha puesto de manifiesto la **debilidad política de los gobiernos ante la fuerza de los mercados financieros.**

El singular funcionamiento de la Unión Europea, con una Comisión que - teóricamente - es su gobierno y que se forma a partir de una coalición de hecho entre conservadores, liberales y socialdemócratas, no facilita la gestión política de estas insuficiencias. Y, mucho menos, el conocimiento de las propuestas socialdemócratas para una gestión diferente de la crisis.

La distancia entre nuestro discurso sobre las políticas necesarias en la Unión y las que efectivamente pone en marcha una Comisión Europea de mayoría conservadora, en una Unión donde la mayoría de gobiernos son también de carácter conservador, **es demasiado grande y nos pone en una situación de grave contradicción**. Sólo hay que ver las correcciones que ha tenido que hacer Hollande en su política económica. Lo señalo como un problema que nos debe hacer reflexionar.

El populismo avanza en Europa por la creencia - equivocada, desde mi punto de vista - de que el proyecto europeo no puede dar respuesta a los problemas sociales y económicos del siglo XXI.

La percepción social es que el pacto que permitió el nacimiento y el desarrollo del sistema europeo de bienestar, resultado del doble liderazgo socialdemócrata y democristiano, ha saltado por los aires.

Los partidos, movimientos y grupos populistas, en Francia como en Holanda, en Gran Bretaña como en Italia o España, acusan a los "partidos tradicionales" de ser los culpables de la crisis y de su gestión.

Este es un relato simple. Fácil de explicar. Útil para reunir apoyos.

Si, además, añadimos el deterioro de la legitimación democrática que provocan los casos - ciertos o inciertos - de corrupción y de enriquecimiento ilegítimo de protagonistas de la vida política o económica, el cóctel coge toda su fuerza.

Lo que hemos de hacer los socialistas, en Cataluña, en España y en el conjunto de Europa, **es tomar medidas para ganar este combate democrático**.

La primera de estas medidas es no darse por vencido. No podemos vivir de la nostalgia de las medallas de anteriores batallas, cierto.

Pero hemos de **defender con orgullo nuestro legado**, que tanto en Cataluña, como en España, como en el conjunto de Europa, es más que satisfactorio.

La segunda es **entender el fenómeno**. Las razones de fondo que lo alimentan.

Un malestar provocado por la sensación de que los costes de la crisis no se han repartido equitativamente, y por la sensación de que hay demasiada gente que aprovecha el poder en beneficio propio, por medio de la corrupción.

Entender las razones que facilitan la aparición con fuerza de estos movimientos nos ayuda a apreciar lo positivo que tienen como mecanismo para hacer aflorar las imperfecciones del sistema: tienen la virtud de denunciar estas imperfecciones y son capaces de movilizar a los descontentos. Son, desde este punto de vista, elementos de revitalización de la vida política. Por eso suscitan simpatía.

Pero cuidado: son buenos para la denuncia, pero son incapaces de tener proyectos coherentes y posibles. Y es este el terreno en el que nos hemos de confrontar democráticamente.

Los socialistas podremos ganar este combate democrático si contamos con claridad **qué hacer para seguir construyendo una sociedad europea cohesionada, que utiliza el crecimiento económico y la redistribución fiscal para disminuir las desigualdades de renta y oportunidades entre los ciudadanos**.

Debemos tener claro que el combate se produce, naturalmente, en cada una de nuestras sociedades. Pero no nos equivoquemos: si no lo afrontamos como un **combate europeo**, no tendremos éxito.

El proyecto de construcción europea está avanzando. Avanza a trompicones y demasiado despacio, pero avanza.

No podemos dejar de reconocer estos avances, al tiempo que trabajamos para hacerlos más ambiciosos: culminar la unión política

federal, con una unión económica dotada de un presupuesto suficiente, con un Tesoro europeo, una deuda mutualizada y una perspectiva social.

Y también, y no menos importante, con una dinámica de participación ciudadana en el proyecto europeo, que hoy ha perdido fuerza.

El debate sobre el programa, el de las cosas que hay que hacer para mejorar las condiciones de vida de la gente, es el terreno principal de juego.

Pero hay una cuestión previa, que se juega en el ámbito de las actitudes y de su percepción.

Me refiero a las cuestiones vinculadas a la corrupción. Debemos ser radicales en la persecución y expulsión de la vida política de aquellos que se aproximan no para ofrecer un servicio público, sino para buscar oportunidades para su enriquecimiento personal.

Del mismo modo que tenemos que ser radicales en la defensa de la honorabilidad de la inmensa mayoría de hombres y mujeres, de todos los colores e ideologías, que dedican su vida a un propósito de servicio a la comunidad, expresado en el activismo político.

Por ello, en el debate programático debemos situar nuestras propuestas de reforma democrática, a fin de corregir las deficiencias relacionadas con la vida interna de los partidos políticos, con el control de su financiación, con el sistema electoral o con la distribución del poder con una concepción más federativa.

Con estos elementos, de programa y de actitudes, debemos ser capaces, de nuevo, de emocionar; o acaso **la lucha contra las desigualdades no puede tener, también, un componente épico?**

José Montilla